

bia, vergonzoso defecto escolar éste que hemos hallado ya en otras muchas publicaciones de la misma institución. Sería más que merecido hacer resaltar en las tapas, además, el carácter nacional de estos premios y darles la mayor divulgación, en tal forma que un público lo más amplio y heterogéneo posible tenga acceso a ellas o por lo menos esté informado de que existen, ya que se trata de un esfuerzo financiado por los propios contribuyentes. Este hecho se agrava por la difícil consecución en las librerías comerciales de los premios del concurso, debido, sin duda, a una indiferencia institucional injustificable; en las tres ocasiones de que hablo, en efecto, han sido los propios dramaturgos quienes han tenido la gentileza de hacerme llegar ejemplares de sus obras.

FERNANDO GONZÁLEZ CAJIAO

¹ Rosalina Perales, *Teatro hispanoamericano contemporáneo*, México, Colección Escenología, Editorial Gaceta S. A., 1989, pág. 131.

² Magaly Muguercia, "Teatro y utopía en el siglo XX", en la revista *Gestus*, Escuela Nacional de Arte Dramático, ENAD, núm. 6, agosto de 1995, pág. 61.

Escenas que aún recordamos

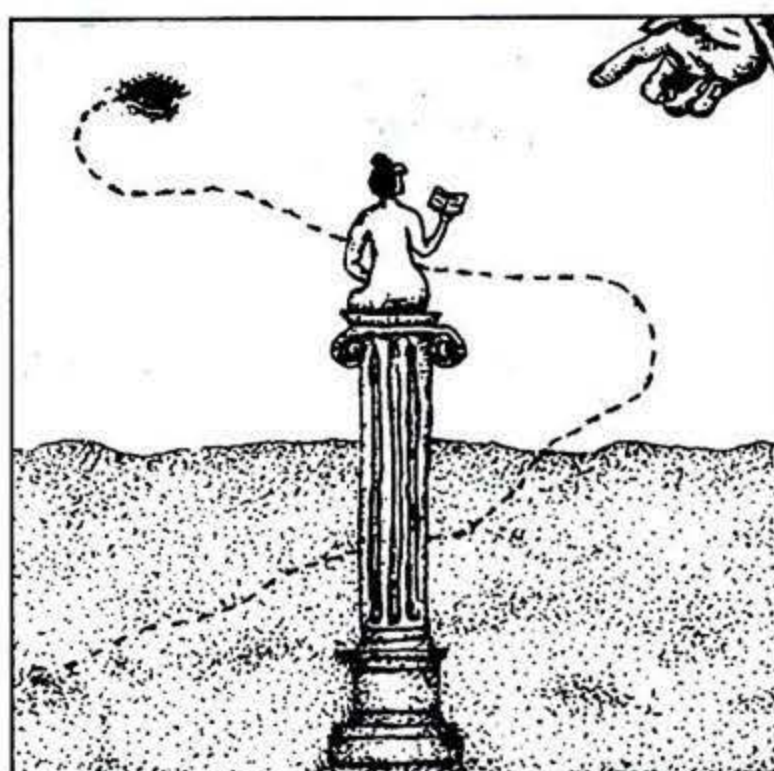
T.P.B., 25 años

Teatro Popular de Bogotá —Centro de Artes Dramáticas y Audiovisuales—, Santafé de Bogotá, 1993

Con motivo de las bodas de plata del Teatro Popular de Bogotá —Centro de Artes Dramáticas y Audiovisuales—, la institución publicó un hermoso libro con las principales actividades desarrolladas durante esos años: montajes para teatro, televisión —el TPB estuvo muy ligado desde el comienzo a ella—, actos especiales, exposiciones y exhibición de cine-arte, particularidad de los últimos años.

El libro está organizado en orden cronológico; cada año registra en fotos los más importantes montajes con su ficha técnica; para aquellas obras que

suscitaron polémica o se destacaron por su calidad, se incluyeron extractos de los programas de mano y los comentarios de la prensa capitalina. En este registro fotográfico se pueden observar fragmentos de escenas que todavía hoy recordamos y que caprichosamente quisiéramos repetir; también las diferentes etapas por las que la agrupación ha pasado en sus años de actividad artística: montajes de clásicos —posición independiente de la moda de los sesenta—, acercamiento a la creación colectiva, obras de dramaturgos modernos, latinoamericanos y norteamericanos, adaptaciones, Brecht, jóvenes autores colombianos y teatro para niños. En fin, se puede apreciar el equilibrio en el repertorio que el teatro ha tenido a lo largo de su existencia, sin estar sujeto a los avatares de la moda.



También incluye varios artículos; el primero de ellos a cargo del presidente Belisario Betancur, quien resume la obra así: "Las vivencias que se recogen en este libro expresan aquel placer creativo de quienes tuvieron la iluminación y la intuición fundacional del TPB hace 25 años. Algunos se han ido. La mayoría permanecen. Su proyección en la vida de Colombia es inimaginable e inescrutable".

Jorge Alí Triana, uno de los directores fundadores, escribe un relato salpicado de simpáticas anécdotas desde cuando él, junto con Jaime Santos y Rosario Montaña decidieron fundar el Teatro Popular de Bogotá, mientras estudiaban en Praga. Y, por último, Carlos José Reyes, también director fundador, hace un recuento del movimiento teatral colombiano de los últimos

años y cómo el TPB se inscribe dentro de dicho movimiento. Especial énfasis pone Reyes en la última etapa del TPB, en que éste último se fusiona con El Alacrán, se diseña el nuevo edificio sobre las ruinas del viejo Odeón y se amplían las actividades culturales y, por tanto, el nombre a Centro de Artes Dramáticas y Audiovisuales.

El maestro Carlos José Reyes hace un recuento completo y ameno sobre los moradores sucesivos del teatro Odeón, sede del TPB. Hubiera sido interesante ampliar la información sobre el estilo arquitectónico del viejo edificio y la concepción del nuevo —a cargo de Alberto Saldarriaga—, debido al valor simbólico y real que significa para el paisaje urbano, para el teatro bogotano y para el mismo TPB, que con una sede adecuada le permite proyectar mejor su trabajo al público y continuar haciendo aportes.

Es necesario recordar que el TPB ha sido una buena escuela de actores y muchos han pasado a los elencos de televisión, en donde han realizado una fecunda labor. Su director, Jorge Alí Triana, siempre ha puesto acento especial en los problemas del actor, desde los aspectos económicos hasta la concepción actoral y la creación.

MARINA LAMUS OBREGÓN

Así es Colombia

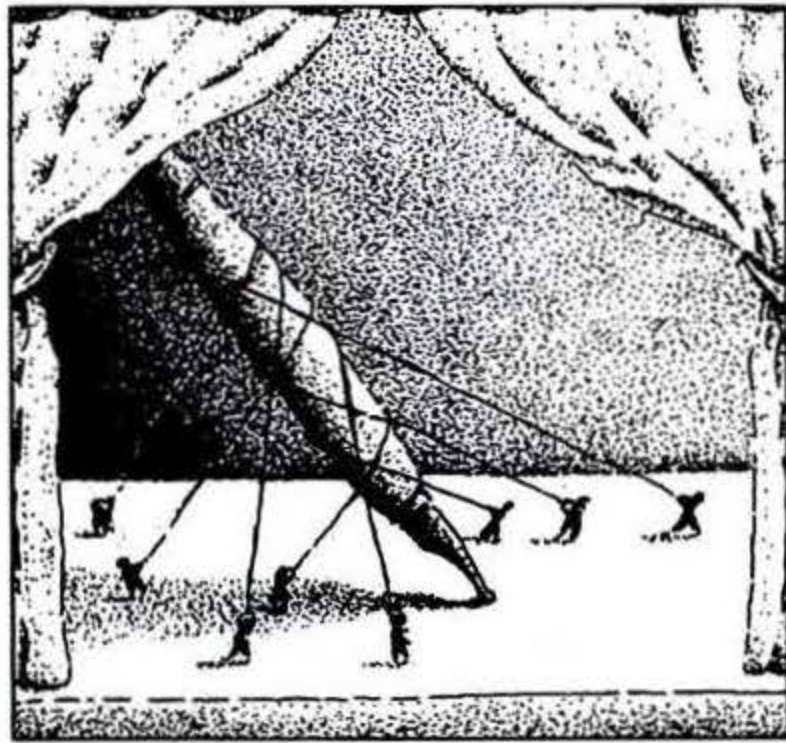
Los viudos (y otros cuentos)

Andrés Hoyos

Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1994, 306 págs.

Los nueve relatos y el díptico que componen este volumen son de *varia invención* y corresponden al relieve dispar de la cultura colombiana (diplomáticos, periodistas, académicos, deportistas, gramáticos, poetas grises, fotonovelistas, cineastas, psicópatas). *Los viudos*, que sirve de guía (¿prólogo?) en la lectura de las dos partes del díptico *El cáncer pelirrojo... ¿aún vive?* y *El corazón vacío de los rectángulos*, presenta

el tema de la viudez desde una perspectiva más amplia que la simple condición de haber perdido al cónyuge y no haberse casado nuevamente. La viudez para Andrés Hoyos es también deterioro intelectual, orfandad cultural, producto del rechazo soterrado de la influencia cultural realmente moderna, e impotencia, hija del silencio y la soledad, frente al presente violento que "se corre con apremio cada día más cobarde hacia adelante" (pág. 85). Hoy somos viudos y mañana iremos por "el mundo un poco sin voz, un poco condenados al purgatorio de lo anónimo, o a la búsqueda imposible de..." (pág. 86) una tranquilidad que nunca llegará o que llegará y nuevamente se irá o, simplemente, la dejaremos escapar.



Zavadil (págs. 7-29) es un "ángel extraviado", cuya vida, unida al peligro, sólo tiene sentido con la muerte. Nadie sabe por qué él, empleado de la embajada de Checoslovaquia en Nueva York, desciende todas las noches hasta el barrio de Harlem impecablemente vestido ("con un traje de lino totalmente blanco") y con un ramo de flores (siempre distintas). Nunca atiende las advertencias de la policía. Su muerte, más que anunciada, no delata una búsqueda fallida, sino la mirada enfermiza de quienes, como el narrador (un colega de la embajada colombiana), asisten al desarrollo de los acontecimientos, es decir, de quienes no hacen nada para impedir su muerte.

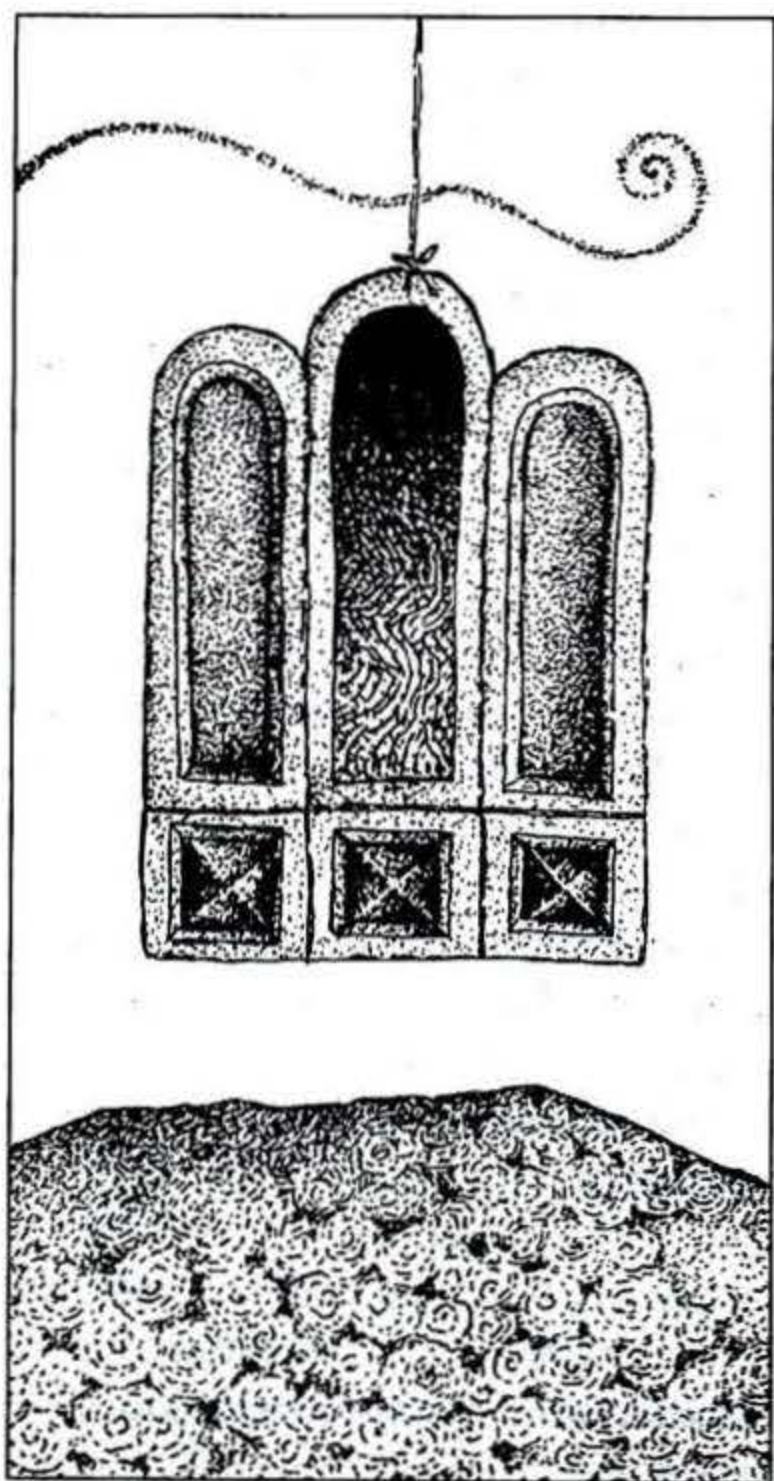
Tres periodistas son los personajes de *Vicisitudes del as de corazones* (págs. 31-59), *Foto de la bestia* (págs. 61-84) y *Kaos* (págs. 183-207). El primero, Juan Antonio Rangel, "cronista, caricaturista, humorista, ciclista domin-

guero" (pág. 32), lleva una vida de simulación intelectual, impresa en sus columnas de variedades; el segundo, Jorge Oligastri, "vivía de preguntar por los muertos", como todo buen colaborador de un diario amarillista. Su oficio se limita a comunicar, a contar (sumar) muertos, y deja a un lado el compromiso social. No advierte a la opinión pública las causas de la violencia, ni las denuncia; busca atrapar a sus lectores con fotos y noticias macabras sobre asesinatos. Antes que ser un periodista, Oligastri es un promotor de la violencia, porque para él el periodismo "Es un oficio industrial, sumercé, cuerpos que se cuentan por gruesas, muertitos como si fueran palmitos en conserva" (pág. 66). Su última misión es obtener un retrato de la bestia asesina (la muerte). Alcanza a verla, graba su imagen en la memoria, pero cuando está a punto de disparar su cámara, las balas de un *marine* colombiano, "adiestrado durante la guerra de Vietnam en ciertas aberraciones del *american way of death*" (pág. 84), penetran su cuerpo y escriben otra nota necrológica, que lleva como nombre no el N.N. habitual, sino el visceral Jorge Oligastri (Mejorestómago). El tercero, Crisanto Abelardo Elías, Eduardo Ponciano Ramos, cronista del deporte de las narices chatas, desempeña una labor ingrata —entrenar y formar promesas del boxeo— en un país cuyos deportistas parecen menos que gladiadores del circo romano: cuando ganan el público los iguala a los dioses, cuando pierden terminan en la cárcel o son asesinados. Celestino Estévez, *Kid Liger*, el jovencito que con el estímulo de Ponciano llegó a ser *World Champion* de los pesos *welter*, no pudo conocer la gloria y su vida no cambió, sólo empeoró; dejó de ser un lustrabotas para convertirse en un presidiario de una isla en el Pacífico. Las páginas de *Entre sogas* y las "luces de la gloria y la publicidad enfocadas sobre su cara, primero lo ciegan, pero acto seguido van perdiendo su resplandor paulatinamente" (pág. 196). Una mujer sin escrúpulos le rompe el corazón, el amante de ésta lo deja en la ruina y la ira y el instinto lo llevan a una celda que, cuando sube la marea, se inunda. "El mundo [le confiesa Ponciano al viejo Cele] del que fuiste

campeón no es ningún mundo; mejor dicho, no es ni siquiera una cuerda de fanáticos de la calle Real. Cele, cuando se enteran de que ya no puedes ganar, los de la fanaticada bajan el pulgar y te sueltan al león para que se zampe su ratoncita de negro, que es un horror dejarlo pasar hambre al animalito. Ese mundo apenas si es una colección de cristianos sedientos de sangre" (pág. 198). Historias de enviudamiento son *El cáncer pelirrojo... ¿aún vive?* (págs. 87-106), *El corazón vacío de los rectángulos* (págs. 107-138) y *Cosas del cilantrillo japonés* (págs. 139-155). Las dos primeras giran en torno a la vida trágica de dos poetas anglosajones (Dylan Thomas —Tom Wales— y Silvia Plath). Lynda, viuda de Tom Wales, se refugia en una isla para olvidar a su esposo, pero las fotografías de él y las alusiones a su obra son permanentes en las revistas. Al parecer, Hoyos quiere darnos una lista de informaciones que explican la muerte de Wales, pues el matrimonio con Lynda es simplemente inaguantable. Tom Forest, profesor de literatura, viudo de Silvia y difusor de su obra, llega a la misma isla en donde vive Lynda con sus hijas a dar una conferencia sobre la autora de *Morir/ es un arte*. Llama la atención que mientras el conferenciante trata de probar que el suicidio fue una preocupación constante de su esposa, el público, en su mayoría femenino, se empeña en buscar causas matrimoniales. Matrimonio inaguantable pero soportado durante veintidós años es el de don Miguel Samorano y de Camila Seymour, quien después del abandono de su esposo decide enclaustrarse hasta la muerte. La temática y el ambiente de este relato, lo emparentan con *Una rosa para Emily* de Faulkner y con el pasaje de *Cien años de soledad* en el que muere Rebeca Montiel. Sin embargo, Andrés Hoyos sabe romper la solemnidad del hecho con una digestiva causa de muerte: "don't worry, it's digestion" (tal como reza la nota de la difunta, pág. 153).

Guión para una fotonovela es "Amor por pedazos" (págs. 209-224), perteneciente a la colección *Vuelos de amor inocente* y firmados con el seudónimo de Valentín Perilla. Su autor real es Cándido Morales, ahora recluido en un "asilo de zafados" (pág. 223). Con el

apelativo "holliwoodesca" se puede calificar la narración *Altagracia, desde el último encuentro en que nos vimos...* (págs. 225-274). Tiene por escenario hoteles cinco estrellas (sobre todo las cercanías de la piscina del Hotel Sheraton), aviones, autopistas, interior de carros lujosos y de *jeeps*, haciendas; por protagonistas a un cineasta (Sebastián Moreno), desde todo punto de vista atractivo (casado, apuesto y con dinero), una joven reportera de revista femenina (Penélope, "por los muchos pretendientes", pág. 231) y una eterna pero esquiva enamorada (Altagracia). La situación es sencilla: Sebastián ve en Penélope a la Altagracia, que veinte años atrás le confiara su cuerpo, y detiene la entrevista para ir a buscarla, aunque se encuentra a miles de kilómetros. Altagracia, que también estaba pensando en su amado de toda la vida, sorpresivamente lo llama para decirle dónde vive. Se reencuentran, vuelve a vivir su pasión juvenil y finalmente cada uno toma su camino. De regreso al Sheraton, "Sebastián pensó en llamar de larga distancia a Estefanía [su esposa] y decirle algo por el estilo de 'Vida mía, aquí cambian tan poco las cosas; tengo algo extraño que contarte...' pero concluyó que no valía la pena" (pág. 273).



Reconstrucción de la época modernista es *Anagramas de costumbrismo descarriado* (págs. 275-306), centrado en la familia de Miguel Antonio Oliveros, conocido en los círculos literarios internacionales como *Armand Gris* y contemporáneo de Miguel Antonio Caro. La obra poética de este conocedor de Baudelaire, Verlaine, Anatole France, Coleridge, Rubén Darío, se reduce a un juego verbal prolífico y peripatético que, por razones del destino, se perdió para la historia de la literatura colombiana en el naufragio del Titanic, barco en el que viajaba el gris escritor en compañía de su esposa.

Jonás (págs. 157-182) es un cuento magistral y se inscribe, por la precisión en el manejo de los elementos de la historia y la riqueza expresiva, en la antología del género hispanoamericano al lado de *Sur, El guardaguas, Mister Taylor, Nos han dado la tierra, El ahogado más hermoso del mundo, La noche de Mantequilla*. Este cuento de Hoyos no solamente narra; entretiene, dialoga con el lector, porque mantiene el efecto, la incógnita, de que hablara Cortázar, desde el comienzo de la historia hasta el fin. Y esto, gracias a la construcción de un espacio armonioso con la temática del cuento. La invención de Hoyos es milimétrica: el pueblo se llama Agualinda, por estar frente al mar y servir de refugio a aquellos individuos al margen de la ley. Está situado en el límite de la frontera de dos países caribeños. La casa más importante es un bar casino llamado *Así es la vida*, propiedad de Magdaleno Lecuona, a donde llegan cinco habituales jugadores: Lacordaire Alphonse, de Martinica o de Guadalupe, "comerciante sin fronteras" (pág. 160); Nazario Tabares, "de ancestro probablemente gitano", "vivía del comercio de pieles" (pág. 160); Regino Maculet, del altiplano, "viejo mecánico de parque de diversiones" (pág. 166); Carlos Bonitto, El Brasileño, socio de Tabares, y John Salvisher, gringo, "un marrano fino, el de lazo de tafetán y chicharrón tierno" (pág. 158). La noche de que nos habla la historia, llegó un forastero, Jonás, a quien muchos atribuyeron la mala suerte. El narrador, identificable al parecer con el forastero, nos informa reiterada-

mente que el gringo estaba apesadumbrado durante el juego; y esto, sumado a la confianza de los experimentados opositores, nos da a entender que esta noche también perderá una fuerte suma; pero la sorpresa acontece cuando el gringo gana una de las más grandes apuestas que se habían hecho en muchos años, dejando a sus contrincantes en la ruina. Recoge el dinero y se despide. Pasados unos meses nadie vuelve a saber de él, hasta que llega la noticia esperada: se accidentó con su avioneta en el mar, bajo los efectos de algún alucinógeno. Sólo entonces se comprende que "el marrano fino" buscaba, antes de morir, en *La noche de la reina envenenada*, como la bautizaron los perdedores, la revancha de su vida. No jugaba por codicia, como Tabares y Bonitto, sino por satisfacción, la satisfacción de ser un ganador, sabiendo que toda su vida había sido un perdedor.

Con *Los viudos (y otros cuentos)* Andrés Hoyos demuestra ser ya una realidad en la narrativa colombiana, que ya no promete, sino que enseña las dotes de una prosa trabajada, sin adocenamientos, y alimentada por la expresión popular, que no se cierra en localismos o regionalismos y más bien se abre metafóricamente a la comprensión de cualquier hispanohablante. El éxito de estos relatos, sin duda, radica en la lectura certera de una realidad tan convulsionada como la nuestra.

SELNICH VIVAS HURTADO

La nostalgia del fuego

La tonina enamorada
(leyendas de los piapocos y emberás)
Mariana Avilán H.

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1995, 133 págs.

Colombia no es solamente el territorio que se extiende en las riberas del río Magdalena, ni las cuatro ciudades desde las que habitualmente se propaga la información sobre los hechos cotidianos que los noticieros consideran como